

mada. Por lo demás, hacenos la gracia, á Clinias y á mí, de admitirnos en el número de vuestros discípulos.

Después de estas palabras y de algunos razonamientos semejantes, amigo Criton, nos separamos. Vé, pues, si quieres tomar, juntamente con nosotros, lección de esos extranjeritos. Ellos, por su parte, se vanaglorian de ser capaces de enseñar su arte, por el dinero, á todas las gentes, sea cualesquiera su entendimiento y su edad. Y hasta, bueno es que lo sepas, aseguran que su sabiduría es perfectamente compatible con el deseo de dedicarse á los negocios.

CRI.—En verdad, Sócrates, no tengo aversión á la ciencia y haría en ella voluntariamente algun progreso; pero temo ser del número de los que no se parecen á Eutidemo y experimentarían ménos vergüenza de caer en sus artificios que de hacer caer en ellos á los demás. No será fuera de propósito relatarte lo que he oido decir á alguno que venia de vuestra asamblea. Me estaba paseando, cuando me encontré á uno de los que pasan por grandes hombres de negocios: ¡Oh, Criton! me dijo, ¿has oido á esos filósofos?—No, por Júpiter, le contesté; la multitud no me ha permitido aproximarme á ellos.—Valen la pena de ser escuchados, añadió.—¿Por qué? le dije.—Son los primeros

hombres del mundo en su género.—Pero, ¿qué te parece? le interrogué.—Lo que me parece, contestó, es que jamás se les oye decir otra cosa que vanidades y que emplean todo su entendimiento en bagatelas; estas fueron sus propias palabras.—De todos modos, exclamé, la filosofía es muy estimable.—¿Por qué estimable? No proporciona provecho alguno. Y si hubieses estado en esta conferencia, te avergonzarías de tu amigo, que es lo bastante ridículo para querer tomar á esos sofistas por maestros. Todo su saber estriba en juegos de palabras, pero en cuanto al sentido comun, han renunciado á él por completo. Si he de decirte verdad, Criton, la filosofía y los que á ella se dedican son bien triviales.—Nunca me ha parecido, Sócrates, que él ni nadie tenga razon para despreciar este estudio; pero, acaso no se engaña al reprehender á los que disputan en la plaza pública con esos extranjeritos.

Sóc.—Te aseguro, sin embargo, Criton, que esas gentes son asombrosas; pero, ¿quién es el hombre que has encontrado y que tan mal quiere á la filosofía? ¿Es alguno de esos que se dedican al foro é informan con brillantez, ó de los que componen arengas que otros pronuncian?

CRI.—No, por Júpiter, no es un ora-

dor, y no creo que haya jamás informado; pero dicese que conoce á fondo el derecho y que compone excelentes informes para los demás.

Sóc.—Ahora comprendo; es uno de esos que Pródico colocaba entre la política y la filosofía; se consideran como gentes muy hábiles, y creen pasar por tales en el entendimiento de la mayor parte de los hombres; pero se imaginan que los filósofos impiden que su reputacion sea universal. Están persuadidos de que si pudiesen desacreditarles y atraer sobre ellos el general menosprecio, disfrutarían incontestablemente de una gloria espléndida y completa. No dudan de la superioridad de su mérito, pero cuando Eutidemo y sus partidarios se han presentado, esto no ha podido ménos de ponerles en aprension. Se tienen por los más sábios porque tienen una ligera tintura de la política y de la filosofía y creen saber con esto todo cuanto saber les es necesario; y sin correr los riesgos de las discusiones saborean plácidamente los frutos de su sabiduría.

CRÍ.—Pero, ¿no apruebas lo que dicen? Sus discursos tienen, pues, un viso de verdad.

Sóc.—Es cierto, tienen la apariencia, pero carecen de solidez; no hay medio de convencerles de que todo lo que se

encuentra entre el bien y el mal y que participa de los dos, es peor á causa del mal y mejor á causa del bien; que dos bienes unidos que no tienden al mismo fin, se impiden mutuamente alcanzar el fin que se propone cada uno; que, por la misma razon, la mezcla de dos males contrarios, corrige en ellos la malignidad: de suerte, que si la filosofía es una cosa buena y la política también, y las dos tienen fines diferentes, los que participan de una y otra y están entre las dos, no son tan buenos como los filósofos, ni tan buenos como los políticos; que si la filosofía es un bien y la política es un mal, serán peores que los primeros y mejores que los segundos; que, si son dos males, entonces tendrán razon y no de otro modo. Pero no creo que pretendan que la filosofía y la política son sean males, ni que una sea un mal y la otra un bien. Estos semi-políticos y semi-filósofos, no pueden colocarse sino entre los políticos y los filósofos; y, sin embargo, se colocan sobre todos. Debemos, sin duda, ser indulgentes con su vanidad sin concederles más rango que el que merecen; porque debe amarse á todos los que se esfuerzan en cultivar lo que es racional y á ello se aplican.

CRÍ.—Aparte de esto, Sócrates, como te he dicho muchas veces, estoy preocu-

pado con la educacion de mis hijos; el más jóven aún no tiene suficiente edad; pero Crístóbulo, el mayor, necesita ya de un preceptor que forme su entendimiento. Siempre que te hablo de este asunto, lo hago persuadido de que es una gran locura descuidar su educacion y no pensar sino en prepararles un buen matrimonio con una rica heredera. Pero por otra parte, cuando considero á los que hacen profesion de educar á la juventud, si he de decirte verdad, me asustan, tanto es lo que las encuentro indignos de ellos é incapaces. Así, no veo por qué debería dedicar á mi hijo al estudio de la filosofía.

Sóc.—¡Oh, querido Criton! ¿no sabes que el mundo está lleno de gentes que ignoran el oficio que cultivan, que hay pocos que lo sepan y que merezcan que se les haga caso? ¿No estimas en mucho la economía, la retórica, el arte militar?

CRI.—Seguramente, estimo mucho estas artes.

Sóc.—Sin embargo, ¿cuántos de los que las enseñan no te parecerán ridículos?

CRI.—Por Júpiter, dices la verdad.

Sóc.—Y bien; ¿harás abandonar, por esto, á tus hijos todas estas ocupaciones?

CRI.—Me parece que haria mal en hacerlo.

Sóc.—No lo hagas, pues, Criton. No examines si los que hacen profesion de filósofos son buenos ó malos; considera la filosofía en sí misma. Si la juzgas mala, separa de ella, no solamente á tus hijos, sino al resto de los hombres; si la encuentras tal como á mí siempre me ha parecido aplicaos á ella tú y tus hijos con todas vuestras fuerzas.

FIN DE EUTIDEMO.

UNIVERSIDAD DE NUEVA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY